

ORÓSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II

Murcia 15 de Marzo de 1917

Núm. 8

DE OBRA SOCIAL



Es indudable que una de las manifestaciones más atrayentes y simpáticas en el resurgir de la vida murciana, es la mayor consideración que adquiere la actividad social de la mujer.

Su frecuente intervención en obras de propaganda moral y en fiestas artísticas y literarias, su concurrencia, en crecido número, a las aulas de la Escuela Normal, la fundación del Taller encajero que patrocina la Diputación Provincial y dirige una ilustre Maestra española, en quien los profundos estudios pedagógicos no secaron el fecundo jugo de su afición artística a las labores femeninas, corroboran aquella afirmación.

Están ya lejanas, felizmente, las épocas en que la mujer vivía embrutecida y mártir, sin energías espirituales más que para resistir levemente el impulso de la opresión y del dolor; hace ya mucho tiempo que el hombre, descubriendo el tesoro que el corazón de la mujer encierra, la rescató de su cautiverio abriendo ancho cauce a sus facultades afectivas; pero le fué cerrado el camino de su inteligencia. Al hacerlo así, los hombres obraban con egoísmo cruel: antes es sentir que pensar: y si para pensar, con proclamarnos los cerebros del mundo satisfacíamos unilateralmente nuestra soberbia, para sentir no nos satisfacía la *unilateralidad*; por que el amor, si no es mutuo, no apaga las ansias: y matar la vida afectiva de la mujer, era renunciar los hombres a ser dichosos.

Pero aún en este orden meramente afectivo la mujer se ha encontrado siempre rebajada; como todo lo ignoraba, todo lo temía: sólo le restaba saber que el derecho de *una mujer sola* no se hace efectivo más que cuando una persona del otro sexo lo mantiene. No se reconocían a la mujer iniciativas intelectuales; únicamente se toleraban, con cierto despectivo desvío, a las artistas, a las maestras y... á las estanqueras. Así han vivido con actividad muchas veces extraviada y morbosa en las pasiones de su alma, que contrasta con el letargo de su inteligencia.

Como notaba con observación profunda Mad. Staël, las leyes mismas de la moralidad parecen suspendidas en las relaciones entre las mujeres y los hombres: pueden éstos pasar por buenos y haberles causado el mal de destrozar su vida; pueden pasar por voraces y justos y haberlas engañado; pueden faltar a sus compromisos y a su palabra empeñados a la mujer y seguir siendo caballeros en el concepto vulgar de las gentes.

A la mujer no se la ha considerado apta para otra carrera que la del matrimonio; así, los padres suelen manifestar una impaciencia que no es más que el estímulo del horror a dejarlas solteras. La soltera inspira un sentimiento de lástima y de desdén que no se borrará hasta el día en que la mujer eduque sus facultades intelectuales y sus aptitudes nativas para el trabajo; porque si la mujer soltera, por regla general, es egoísta y extravagantes, no es por que deba erigirse en principio la reminiscencia brutal de las épocas en que la mujer no era considerada más que como *hembra*, sino por que han secado su espíritu el fastidio y el ocio intelectual, el tedio y la conciencia de su inútil vivir.

El día en que se extinga la preocupación de que en la mujer no hay una inteligencia que cultivar ni una aptitud fecunda para las artes, la industria y el comercio, dejará de ser repulsivo el tipo de la soltera; con educación productiva, con actividad ilustrada y fecunda, aunque no sea madre, aportará a la sociedad los sentimientos maternales que laten en toda mujer de bien y no se perderán en los cauces del egoísmo su vehemencia y su piedad y su abnegación.

Con notorio acierto el excelente periodista don Ramiro Pinazo ha pedido delicadamente, en las columnas de ORÓSPEDA, la opinión de la mujer murciana. Venga a contribuir, en colaboración de alto sentido social, a la destrucción de preocupaciones y errores colectivos. Cuando se considere como obligación familiar ineludible la educación de las hijas y su preparación para el trabajo; cuando las carreras compatibles con la delicadeza femenina no se releguen a las clases inferiores; cuando no se repute en situación más depresiva a la mujer *que gana su vida* que a la que pesa sobre parientes y deudos, se habrá realizado un gran progreso. No se producirá ese fenómeno, tan frecuente en los padres, de entristecerse instintivamente ante el nacimiento de una hija por el presagio de sus dolores y sus desgracias.

EMILIO DÍEZ DE REVENGA.

RECUERDOS DEL 73

La Bandera roja del Cantón murciano

En el orden político, fué el alzamiento cantonal de Cartagena el más grave suceso que se registró en el 1873. Se inició la madrugada del 12 de Julio, día de elecciones municipales. Unos pocos días antes empen-

dieron los intransigentes cartageneros activísima campaña contra los *benévulos*. En el club republicano se verificaron frecuentes reuniones públicas que presidía el decano de los federales de la ciudad, don Pedro Gutiérrez de la Puente, y en las cuales el entonces estudiante de Medicina don Manuel Cárcelos Sabater y el veterinario don Esteban Nicolás Eduarte, hacían la causa del Comité de Salud Pública de Madrid, presentando a sus hombres como a salvadores de la República y la Federación. Con los ataques al Gobierno y a las Cortes, en parte muy justificados, y con las rudas censuras a los amigos de procedimientos conservadores, se adueñaron de la voluntad popular y se dispusieron a triunfar en los comicios. Temiendo ser vencidos por los ardides de los benévulos, acordaron cambiar de táctica y adelantar los acontecimientos, fiados en lo valioso de los elementos a su disposición.

A las reuniones del Club federal asistían soldados de infantería de Marina, marineros y clases de las dotaciones de los buques de guerra surtos en el puerto y en el Arsenal: individuos que, entusiasmados con la intransigencia de los federales, se ofrecieron a Gutiérrez de la Puente, a Eduarte y a Cárcelos. Además, los Voluntarios de la República y los Movilizados, y la casi totalidad de los jefes y oficiales de estos batallones, eran propicios al alzamiento.

Cuanto se preparaba en Cartagena era conocido del diputado a Cortes Gálvez Arce, quien aguardaba la orden del Comité madrileño de Salud Pública para dar el grito insurreccional y proclamar el Cantón Murciano.

En el domicilio de Eduarte se reunieron los prohombres del federalismo de Cartagena, y convinieron en la necesidad de conservar el Castillo de Galeras en manos de los movilizados y de sublevar a su favor los buques de la Escuadra. Conseguido esto, y contando con la cooperación de las fuerzas ciudadanas, el éxito era incuestionable. Aconsejó el Comité de Madrid que aguardasen sus instrucciones; pero, como a la madrugada siguiente marcharían fuerzas del ejército a relevar a los movilizados que guarnecían la referida fortaleza de Galeras, y se afirma-

ba que el regimiento de infantería de Iberia estaba al llegar para trasladarse a Málaga en la VITORIA y la ALMANSA, resolvieron comenzar la obra, a instancia del señor Cárceles, en reunión por éste convocada en la noche del 11 del mes citado.

El cabo de carteros José Antonio Sáez, acompañado de varios federales decididos, marchó a reforzar la gente de Galeras, ya advertida para no dejarse relevar; lo que cumplieron cuando al amanecer del día 12 subieron los soldados del regimiento de Africa. El feliz arribo al castillo, de la expedición de Sáez, decidió verificar la revolución. A las cinco de aquella mañana, un grupo de quince ó veinte voluntarios armados, con Cárceles a la cabeza, se apoderó de la Casa Consistorial. Inmediatamente después llegaron los primates de la intransigencia federal, que en la última reunión anduvieron indecisos, dado sus compromisos con Gálvez y el general Contreras a quienes querían consultar. Hechos fuertes los de Galeras y depuesto su gobernador, el intrépido Sáez hizo disparar un cañonazo a fin de que las fragatas secundaran el movimiento, según se había convenido; mas no se logró entonces tal resultado. A FALTA DE BANDERA ROJA, ENARBOLARON EN EL CASTILLO UNA BANDERA TURCA que hallaron a mano, FIADOS EN QUE LA BLANCA MEDIA LUNA NO SE DIVISARIA DESDE LA PLAZA. Este descuido dió lugar a sabrosos comentarios y a interesante suceso que detallamos más adelante.

Ya en auxilio de Cárceles una compañía de Voluntarios de la República, se tomaron militarmente la plaza del Ayuntamiento y las principales avenidas, apoderándose luego de la Casa de Telégrafos; mientras fuerzas ciudadanas se adueñaban de las puertas de Madrid y San José, todo sin gran resistencia.

Cuando el vecindario dióse cuenta del suceso, Cartagena estaba en poder de los revolucionarios.

El capitán general del departamento don José Dueñas, fué el primero en comunicar a Madrid lo anormal de la plaza, enviando a media mañana por el telégrafo del ferrocarril, y desde una de las estaciones próximas a Cartagena, un despacho al ministro de Ma-

rina, diciéndole, entre otras cosas, que **EL CASTILLO DE GALERAS HABIA ENARBOLADO BANDERA TURCA.**

El hecho de haber izado en Galeras el pabellón de Turquía, lo aprovecharon los enemigos de la insurrección como poderoso argumento para desprestigiarla. Ya hemos dicho que por descuido explicable, por las precipitaciones con que se verificó el movimiento insurreccional, la gente de Sáez no se previó de bandera roja; así, cuando llegó la ocasión de izarla, buscaron remedio a su imprevisión en la colección de banderas del máforo instalado en aquella fortaleza y creyeron solucionado el asunto, utilizando la roja enseña turca, pues supusieron que la media luna y la estrella blancas que ostentaba en el centro, no se divisarían desde la Plaza. Y tan contados fueron los que de ello se advirtieron que, durante el día 12, el suceso no dió lugar a comentario alguno en la ciudad: hasta era desconocido de los prohombres de la insurrección.

Noticiosos en Murcia de cuanto se comentaba en Madrid respecto a este particular, lo comunicaron inmediatamente a Gálvez Arce. Pronto envióse un emisario a Galeras para subsanar la falta; mas, alguien se adelantó, porque cuando llegó el enviado, miró sorprendido que una bandera completamente roja ondeaba en el castillo. Unas manchas de sangre sobre el pavimento de la plazoleta del fuerte, y el rústico vendaje que llevaba en la muñeca un voluntario, lo explicaron todo. Fué ello, que muy disgustados los de Galeras al conocer el efecto causado por su descuido, *un entusiasta cantonal arrió el pabellón turco y, abriéndose una vena con la punta de su faca, tiñó en sangre la estrella y la media luna blancas, y entre vítores a la República federal, la bandera del Cantón Murciano ondeó orgullosa sobre la fortaleza.* Este admirable rasgo permaneció ignorado en los primeros días, pues cuantos lo conocían convinieron en reservarlo para que por él no se confirmara el hecho de haber arbolado la bandera turca, que el buen pueblo creyó ser ello una invención de los enemigos del levantamiento.

Acompañando al gobernador de Murcia don Antonio Altadill, llegaron a Cartagena

los diputados intransigentes don Antonio Gálvez Arce y don Jerónimo Poveda.

Constituida la Junta Revolucionaria y dimi-
tido el Ayuntamiento, por el consejo del
gobernador civil, fué nombrado Gálvez co-
mandante general de las fuerzas de Milicia,
Ejército y Armada, siendo frenéticamente
aclamado al presentarse en el balcón del Con-
sistorio; «desde allí—escribe Pérez Galdós—,
saludó al pueblo con frases de noble y bárba-
ra elocuencia. Su fama de valentía, sus proe-
zas como rebelde indomable, su carácter ru-
do, a la par afable, entero, su misma figura
de luchador salvaje, hacían de él un hombre
de leyenda, o una leyenda humanizada». La
bandera roja enarbolóse en la balconada del
Ayuntamiento, repitiéndose las manifesta-
ciones de júbilo.

Regresado a Murcia el señor Altadill, en
compañía del Diputado señor Poveda que-
dó Cartagena a merced de los intransigen-
tes. La *Almansa* izó la bandera roja, imi-
tándole la *Victoria* el «*Fernando* y el *Ca-
tólico*»; lo mismo hicieron luego las fraga-
tas *Numancia*, *Tetuán*, *Méndez Núñez* y
otros buques de menor porte. Las fuerzas
de infantería de Marina y la compañía de
Guardias de Arsenales también se pronun-
ciaron. Sin obstáculo alguno llegó el Tenien-
te general de ejército don Juan Contreras
acompañado de su Ayudante el Teniente
coronel don Antonio Rivero y del Brigadier
Pozas, encargándose del mando de las fuer-
zas de mar y tierra del Cantón Murciano.
El regimiento de Iberia entró sublevado en
la plaza produciendo un entusiasmo indes-
criptible, como igualmente el batallón de ca-
zadores de Mendigorria que en Chinchilla
secundó el grito de Cartagena...

En las gentes de las huertas y los campos
murcianos despertó la proclamación del
Cantón un entusiasmo sin límites. La Poe-
sía y la Música lo celebraron, con toscos ver-
sos ciertamente, pero con valientes notas
que mantenían en exaltación los espíritus
enamorado de un ideal grande, muy grande
por la felicidad que prometía.

Los que conocen las costumbres de estos
pueblos rurales recordarán la de reunirse la
gente moza a las puertas de las casas duran-
te las noches estivales, y; al compás de las
guitarras y bandurrias, entonar con predilec-

ción las canciones que brotaron en épocas
que excitaren la imaginación de los huerta-
nos. Canciones que el tiempo no ha logrado
sepultar en el olvido, que se transmiten de
una generación a otra y salen de sus pechos
con tal calor que, al escucharlas, parece que
resucita el pasado

«
.
¡Viva la «Numancia»
valiente como el Cid;
la «Victoria» y la «Almansa»
vengan todas aquí!
¡Viva Antonete
y la insurrección
y la «Méndez Núñez»
con su tripulación!»

Este fragmento de una canción, que más
de una vez hemos escuchado en las tradicio-
nales veladas murcianas, es prueba elocuen-
te del contento con que fué saludado el alza-
miento insurreccional y de la admiración
que despertaba Gálvez Arce. Nada, pues,
tuvo de extraño que cuando las circunstan-
cias pusieron en peligro la causa de los can-
tonales se apenara el corazón de aquellas
gentes. En los mal hilvanados versos de sus
coplas encontramos frecuentemente refleja-
do aquel sentir, así como el que produjo la
pérdida de lo que constituyó la cifra de to-
das sus venturas.

«El día que a mí me digan
que la «Numancia» se va
mis ojos serán dos ríos
y mi casa un hospital.»
«Castillo de la «Vanguardia»
vives triste como mi alma;
con la Federal murieron
tu alegría y mi esperanza.»

De lo grande de la fe de quienes al canto-
nalismo lo sacrificaron todo, dan pruebas en
nuestro tiempo los viejos cantonales que
todavía sueñan con el sol de un nuevo día
que les permitirá ver triunfante su bandera
roja.

Hoy despierta el regionalismo alentado
por los Gobiernos con la autorización a las
Diputaciones de provincia para mancomu-
narse; se discute en pleno Parlamento estas
naturales aspiraciones, sin que produzca
alarma la fórmula autonomista, y cada día
es mayor la enemiga al Centralismo... ¡Quién
sabe lo que nos reserva el mañana!

ANTONIO PUIG CAMPILLO.

NUESTROS POETAS

.
 Tu ya estarás casada
 y enviarás los niños al Colegio,
 tan rubios como mieles
 hechas carnes, dos angelitos serios
 Ella irá a la tertulia del Casino
 —¡qué fastidio de juego!—
 y sumida en la prosa
 del buen orden doméstico,
 tendrás horas de todo...
 Una tarde,
 tal vez una tarde de invierno,
 esperarás la vuelta
 feliz de los pequeños.
 —Será una tarde adusta
 propicia a mis deseos—
 Recordarás, muy gratos,
 tus días de Colegio,
 las clases y mis rondas
 y el jardín de recreo...
 y aquella carta mía tan romántica
 que hubo de sorprender Sor Sacramento...
 y te preguntarás, toda confusa,
 ¿qué será de él? ¿Se encontrará muy lejos?

Mucho tiempo casada
 y aún sabrás de memoria aquellos versos,
 Sonará el timbre. Y él: —Abre, tontina,
 soy tu esposo, tu Alfredo...?
 Una sonrisa conyugal, entonces
 ensayarás delante del espejo...

PIERROTINA

Cual de una vana cocota
 frufruta del mar la falda,
 sedalina, rebriilante
 con lentejuelas de plata.
 Es la noche misteriosa
 de amoríos sin palabras:

¡labios mudos! ¡ojos de éxtasis!
 Hay una luz de misterio
 bajo el mar. Todo es de nácar
 y tiene el cielo caprichos
 de luciérnagas. Se exalta
 algún recuerdo remoto
 de una frase perfumada,
 encantos de muchos días
 por mucho tiempo esperada.
 Fué en la adolescencia... una
 diablesa de colegiala.
 rubia, muy rubia; y alegre
 como semana de pascua,
 que me embobó con sus guiños
 y aprisionó con sus charlas.
 Fué en la adolescencia... Era
 muy guapa la colegiala
 ¡La primera novia era
 y se llamaba Esperanza!
 Después...—¡cuán dichoso y triste!—
 que mi amor Pierrot le canta.

.
 Y en la noche victoriosa
 de amoríos sin palabras,
 las olas—raudos cohetes
 de perlas—baten la playa.
 Díme, Luna, ¿quieres ser
 mi novia esta noche clara?

.
 Y he sentido por mis venas
 como un frío de luz blanca,
 he sentido en lo profundo
 todo el frío de su nácar
 y he despertado... En lo alto
 la luna estaba más pálida.

GABRIEL GUILLÉN.

Francis Jammes

A GUISA DE EFUSION. De *Clara d' Elléqueus* dice Rachilde que es una historia íntegra en la que nada falta ni sobra. Yo ignoro qué cualidades o qué elementos deben completar una obra literaria para que nada le sobre ni le falte, y de camino compadezco a los críticos que alcanzaron esa enorme perfección, porque la debieron de conseguir, sin duda, á costa de su sensibilidad de espectadores del arte. Los críticos que tanto precisan, se me antoja a mí que tienen mucha analogía con los sabios que—según Francis Jammes—llevan gorros cuadrados para ver si hece viento.

Yo, más bien que crítico, soy un lector de Jammes que, habiendo cerrado el libro, tiene en su alma un nuevo resplandor de júbilo porque halló algo de sí mismo en las páginas recién abandonas. La efusión de una confianza le dicta estas líneas, y además un buen deseo de sumar admiradores al insignie poeta.

HONRADO, LIBRE Y PROFUNDO. Sueña la palabra literatura a cosa artificiosa que suele provocar desdén. Las palabras en poder de los hombres malos se envilecen; por eso yo no me atrevo a decir que Francis Jammes es un literato. Es un corazón lleno de ternura; de una ternura que se desborda y se vuelca con un son espontáneo y un ritmo inconsciente. Es un hombre honrado que halló per ventura el sentido bello de todas las cosas naturales; y abriendo los brazos según hacen los que aman, como no pudo estrechar en ellos a la Creación entera, se dió en ofrenda a sí mismo, alucinado acaso por un panteísmo naturalista, ardiente y humilde que, luego de evolucionar, se ha trocado en espíritu seráfico, semejante al del Pobrecito de Asís.

Jammes sabe que la vida debe ser la obra maestra del poeta, y hermana a sus otras obras; norma de sinceridad que le coloca a

una prudente distancia de la Retórica. Como afirma Díez Canedo, es un heterodoxo de la técnica.

Pero al sustraerse a la disciplina oficial, salva su espontaneidad y se salva a sí mismo, porque nació para ser espontáneo, como todas las cosas acerca de las cuales ha escrito; y sin embargo nadie advertirá en él estigma alguno de rebeldía violenta que le haga parecer hostil; no estará con los cánones, pero tampoco está contra ellos.

Los suyos son bien sencillos:

Mon Dieu, donnez moi l'ordre nécessaire
à tout labeur poétique et sincère.
On m'a conté que les peintres célèbres
peignaient longtemps les yeux, longtemps les
(lèvres,
longtemps les joues et longtemps les oreilles
des bienheureux que leur génie éclaire.

Je veux ici, puisqu'il faut commencer,
ne point poser à faux dans l'encrier
ma plume.

Y va diciendo en sus versos cosas simplísimas e inauditas a la vez, del paisaje, de los animales, de las plantas, de las flores y de las muchachas ingenuas. Dijérase, oyendo la fluidez de su palabra cándida, que habla un niño dotado de exquisita intuición para formular juicios de las cosas humanas, pero que considera los objetos que ve, y dice de ellos con graciosa incoherencia, como sería el lenguaje puro de Adán y Eva en el Paraíso: un poco perezoso y un poco balbuciente.

Traduzco un breve cuento suyo que confirma mis palabras:

EL TRANVIA

«Una vez había un obrero muy laborioso, cuya mujer era buena y cuya hija era linda. Vivían en una gran ciudad.

El día del Santo del padre compraron una magnífica col blanca y un pollo para asado. Y todo el mundo estaba muy contento aquel domingo por la mañana; hasta el gatito, que contemplaba al ave con cierto aire de picardía, diciendo para su colete:—Ya tengo buenos huesos que chupar.

Después de comer, dijo el padre:

—Por esta vez me voy a permitir convida-

ros al tranvía para ir hasta las afueras.

Y salieron.

Habían visto muchas veces a unos bellos señores y a unas bellas señoras avisar al cochero del tranvía, el cual entonces detenía inmediatamente los caballos para que pudiesen montar.

El buen obrero llevaba en brazos a su hija; su esposa y él se detuvieron en la esquina de una hermosa calle.

Un ómnibus nuevecito se adelantaba hacia ellos, casi vacío; y experimentaban gran alegría de pensar que iban a montar allí por veinte céntimos cada uno.

El buen obrero hizo señal al conductor de que parase los caballos; pero el conductor, viendo a aquellos pobres sencilles los miró con desdén y no detuvo el carruaje.»

Esta tierna simplicidad no menoscaba la precisión con que adjetiva y la lozanía con que surge sus imágenes rústicas y peregrinas, como de un poeta primitivo. Imágenes de montañas que tienen «el tinte de esos licores balsámicos fabricados por religiosos» o de unas carnes de muchacha que ostentan «el que da solamente la presión de los labios sobre las mejillas».

Con tal disposición ha llevado su espíritu inquisitivo a las cosas, de manera que su lírica es objetiva; pero con una objetividad peregrina, debida a la transfusión que se opera entre lo que motiva sus contemplaciones y el alma amorosa que contempla. El no aplica sus sentidos para detenerse livianamente en la sensación abstracta del color, en el atractivo de la línea o en la disposición de los términos del paisaje. Como sabe que todo lo creado participa de un principio espiritual supremo, trata de encontrarlo y para ello agudiza sus facultades de percibir y se sume en un mundo misterioso donde las piedras o las plantas complen una vida animada y donde las relaciones universales tejen una trama sutil, perceptible sólo para él, que lo envuelve todo y comprende al hombre dentro de sí como un engarce más.

Las cosas tienen un secreto lenguaje. Para entenderlo es preciso cerrar los ojos, recoger los oídos, adormecer las sensaciones; y cuando la vista se abra de nuevo sobre el mundo real y los dedos acaricien el pétalo de la rosa o la corteza del árbol, una nueva

manera de conocer, nos permitirá escuchar las palabras escondidas, que nos impresionan débilmente ahora porque no estamos bien apercibidos para recibir a Dios.

Las cosas son dulces, afirma Francis Jammes. Hay entre ellas y nosotros una fraternidad latente que se manifestará cuando nos cultivemos a ese fin. Desde luego, nosotros necesitamos de ellas para posar nuestros pensamientos como los perfumes se posan sobre las flores.

Jammes ha puesto ya un pie en el dintel de esas esferas que Maeterlink presiente. Aparece aquel ambiente un poco confuso; el deslumbramiento, el estupor, la falta de adaptación, impiden avanzar todavía; pero con limpieza de corazón, buena voluntad y amor efusivo, el camino se irá esclareciendo.

EL PAISAJE. Es indudable que en la época actual sentimos mejor que antaño, o bien, conocemos mejor nuestras propias sensaciones. Para expresarlas, hemos alcanzado un alto grado de perfección. La sobriedad es una conquista moderna de la literatura, que por azar se halla en escritores antiguos. Con breves rasgos se nos dice más ahora, que antes con luengas, rotundas y elocuentes cláusulas.

El léxico y su buen orden, si por una parte se han contaminado de impurezas exóticas, han adquirido, en cambio, más intensidad. Muchas palabras decían una sola cosa y una palabra nos dice y nos señala mil. Por otra parte, las nueve musas se han estrechado más fraternalmente, y aunque algunos ceños se frunzan, la unidad de la belleza establece cierta inusitada comunicación entre todas las artes nobles. El lenguaje puede servirnos para mostrar un rincón agreste, igual que los colores en un lienzo. Furibundas protestas llueven, y algún sabio se perpetuará trazar las lindes de cada actividad estética, fulminando sanciones para quien las huelle. Pero da la mismo, porque contra la realidad pueden pocas teorías, y lo negativo es más difícil de sustentar que lo afirmativo. Y evidentemente, el mundo giraba igual que hoy, poco más o menos, en tiempos de Galileo.

En Nrthez—Bajos Pirineos—vive el poeta

Francis Jammes; otro poeta francés (1) nos ha dicho que su casa tiene un jardín; que está acogida a la sombra de un pino, y que en el jardín, cerrado por una verja, hay un laurel y un pozo, en torno de los cuales crece la yerba. Desde la casa se ve el campo; en las vitrinas se refleja cuando la ventana pensativa está abierta a la claridad del horizonte. ¿Es qué bellas perspectivas se habrán abismado allí las pupilas del poeta? Sus libros nos hacen evocar mañanas azules y tardes azules, bajo las cuales hay caminos polvorientos, alamedas que huyen y fuentes cristalinas que brindan reposo; o bien ponientes de sol cereza, penumbra transparente en las avenidas, y árboles que sobre las crestas de las colinas van poco a poco esfumándose mientras la silueta se hinche y se destaca. Otras veces es la niebla que envuelve dulcemente los valles ateridos, y es el penacho de humo que surge de las casas campesinas. Y en los matices del penacho de humo se complace repetidamente, evocando acaso la escena apacible del hogar.

Los cuadros de la ciudad le son familiares y amables: al caer un día tibio y claro, en uno de esos «barrios blancos y nuevos donde son laureles, las verjas y los sicomoros, hacen pensar en un amor de colegiala, un piano canta». La tristeza de la ciudad, con sus tinieblas oscuras y sus jardines inundados de una neblina azul, le place.

Son, a veces, cuadros indecisos, genéricos...

A principios del siglo pasado, el abuelo de Francis Jammes, Juan Bautista, partió a las Pequeñas Antillas. A los siete años vino a Europa el padre del poeta, para ser educado en Francia; en el destino del poeta, osciló un día la circunstancia de haber nacido en aquellas lejanas tierras tropicales. Jammes sueña frecuentemente en ellas, y se las imagina. Su fantasía se tiñe de la luz inmensa que abrumba las plantaciones, y se pregunta cuándo verá las islas maravillosas, poniendo en la interrogación toda la melancolía que hay en el aliento de un ansia imposible. Jammes, comienza a ser viejo y ya no pasarán de

ser un deseo sus evocaciones del Atlántico, la ruta que nunca ha de conducirle a la Martinica, a donde el abuelo Juan Bautista emigró un día y en donde fué arruinado más tarde por los temblores de tierra.

(Concluirá)

ESTÁS CERCA DE MI

(LIRISMO)

ESCRITO EXPRESAMENTE
PARA LA REVISTA OROSPEDA

El rítmico sonido de la hoja cuando cae,
el eco de las brisas que gimen al partir,
las auras que en el lago deslízanse suaves
cantan amor por tí

Las tintas del crepúsculo que adornan el
(espacio,
las nieblas que a lo lejos empañan su color,
dibujan melancólicas con su pincel aéreo,
tu sér que es mi ilusión.

El ámbar de las flores que bordan los jardines,
(nes,
el hálito que esparcen los céfiros de abril,
parécenme que llegan bañados en tu aliento
para besarme a mí.

Si unidos dos perfumes levántanse hasta el
(cielo,
si en una se confunden dos olas al chocar,
pienso que nuestras almas cual olas y perfumes
(mes
vivir juntas podrán.

Te veo en los ecos, te estrecho en los rumbos
(res,
te aspiro en los aromas, te amiro en el cenit;
eco, perfumes ó sombra, verdad o fantasía...
¡Estás cerca de mí!

JOAQUIN CABRERA.

(1) Charles Guérin.

Cuentos de "Oróspeda,"

EL ÚLTIMO MUDARRA

I

El balneario, puesto ahora en moda, hallábase en el apogeo de la temporada. Algunas familias de bañistas, que llegaban rezagadas, habían de marchar a otra parte por carencia absoluta de habitaciones. El arrendatario del establecimiento, el simpático y jovial don Paco, estaba haciendo lo que se dice un negocio redondo. Todo contribuía a lograr el favor del público: la virtud medicinal de las aguas, el clima tibio y bonancible, el lujo y *confort* del hospedaje, lo selecto de la colonia de bañistas y, sobre todo, la belleza y amenidad del sitio.

Es un rincón delicioso que, avarienta y celosa, ha ocultado la Naturaleza en una hondonada, entre breñas y colinas. Fluye mansamente por limpio lecho de guijarrós y arenas, buscando los surcos más profundos del vallejo, un arroyo caudaloso, que, al enriquecerse con las aguas sobrantes del manantial de los baños, adquiere jerarquía y prosopeya de río. Con estas pretensiones penetra luego triunfante en la presa voraz de una aceña roquera, que, cabe las edificaciones del balneario, se yergue con pintoresca silueta sobre un risco enhiesto. De allí se precipita en espumosa cascada, y sigue entre álamos, sauces y cañaverales, a cuya sombra suelen lavar unas mujeres, abrevar unas bestias, nadar ocas y gansos graznadores y pescar pececillos unos chicuelos medio desnudos. Después la corriente se remansa, extendiéndose por amplio cauce en superficie cristalina, que espeja el paisaje risueño. Y por fin va a regar unos huertos frondosos y unos jardines amenos, acabando por desaparecer a lo lejos, entre cerros y lomas llenos de árboles, por donde pacen ganados y tafién y cantan vaquerizos y cabreros.

El balneario es muy grande, casi un pue-

blo. Consta de varios edificios y pabellones accesorios, formando calles. En él pueden ser satisfechos todas las necesidades y todos los caprichos. Durante la temporada, cuando la afluencia de bañistas es mayor, nunca faltan diversiones y holgorios para todos los gustos: hay sala de juego, biblioteca, salón de baile y hasta un minúsculo teatrillo, donde actúan unas bailarinas, unos excéntricos musicales ó un prestidigitador. Bajo la amplia marquesina de la gran terraza central, que domina el magnífico panorama, suelen congregarse los caballeros durante las horas cálidas de la siesta ó en las noches tranquilas y tomar café en torno de varios veladores de mármol. Viene a ser como el centro de chismografía y mentidero del balneario

II

En los corrillos formados diariamente en esta terraza famosa, bautizada por los bañistas con el nombre de *Paraiso*, resonaban con frecuencia grandes y ruidosas carcajadas, con que los concurrentes expresaban su irresistible hilaridad. La causa era siempre la misma: el pintoresco, el donoso, el amenísimo don Gonzalo ponía fin al relato de alguna aventura de su vida, de algún cuento verde, con una frase chistosa y picante, que era luego repetida por todas las bocas y quedaba pronto convertida en el estribillo del día.

En toda concurrencia de personas hay siempre una de ellas que constituye la admiración o el regocijo de las demás, y no falta un tema preferente de la curiosidad y de las conversaciones. El *clou* del balneario en la pasada temporada ha sido ese personaje pintoresco y singular a que acabo de hacer alusión, que se decora con el nombre romántico, épico, casi glorioso de don Gonzalo de Molina; y la comidilla de la

colonia veraniega, sus estrambóticos amores que muy luego os voy a referir.

Ante todo en don Gonzalo se adivina a veces el porte noble y señorial de un prócer antiguo. Sin embargo, sus años ya provechosos, ocasionándole esa gordura fofa tan frecuente en los hombres que frisan con la senectud, han restado bastante distinción y gallardía a su figura hidalga. Por otra parte su larga permanencia en el pequeño pueblo donde radican su casa solariega y sus heredamientos, desde que se retiró del mundo al otoñarse sus mocedades y virilidad azarosas, le ha hecho adquirir modales campechanos, un tanto agrestes, y un lamentable desaliño.

Don Gonzalo tiene el rostro trigüeño y jocundo, los ojos albosanos y vivos y sobre su boca, marcada por dos bezos prominentes, tiende a caer un mostacho lampiño, artificialmente negro y recortado con pulcritud. Su frente amplia, limitada por el flequillo del bisoñé y dos cejas hirsutas, marchitase ya con arrugas indelebiles. Sus mejillas carnosas, mofletudas, se pliegan junto a la nariz y comisuras de los labios en dos surcos profundos; y el cuello pletórico, de boro, cuelga en papada mantecosa sobre la corbata, a punto de reventar la tirilla de la camisa.

A pesar de su trato franco y comunicativo, a pesar de su genio festivo, casi bufos don Gonzalo posee plena conciencia de su rancio abolengo e ilustre prosapia. No le cabe la menor duda respecto a los grados de azulidad de su sangre. El es hombre de gran erudición en materias genealógica y heráldicas, ha pasados largos años revolviendo todos los legajos y códices del Archivo Histórico Nacional, del de Simancas, y de otros muchos archivos particulares, y tras prolijas y depuradas investigaciones, a vista de multitud de documentos auténticos y fehacientes, ha logrado comprobar, con seguridad absoluta, que él, el propio don Gonzalo de Molina y Centellas, es el descendiente directo y último vástago, en rigurosa línea recta, de la regia y antiquísima casa de Molina.

Fruto de este paciente trabajo investigador es una minuciosa genealogía con su co-

rrespondiente árbol, que con constancia y aplicación de benedictino ha ido componiendo don Gonzalo en largas horas de retiro. Enciérrala en un magnífico cuaderno de lujosa y emblemática encuadernación, que le acompaña a todas partes. Además, don Gonzalo exhibe pergaminos carcomidos, papeles viejos y una flamante ejecutoria, que autoriza un rey de armas. En una de sus primeras cláusulas se lee: «Don Luis de Salazar y Castro, Comendador de Zurita, Fiscal de la Orden de Calatrava, de la Cámara de S. M. y su Cronista mayor, en su Historia Genealógica de la Casa de Lara, tomo I, fol. 39 y siguientes, por instrumentos de inviolable fe, testimonio, etc., etc.»

Luego don Gonzalo cuenta invariablemente, con gran profusión de particularidades y pormenores, la famosa leyenda de sus aborígenes los siete infantes de Lara y la de Mudarra, su vengador, prez y espejo de todos los caballeros medioevales. Y don Gonzalo se refocila, se entusiasma con delectación sin igual al describir inspiradamente la figura estupenda, casi inverosímil, de este héroe, dechado de valor y arrojo, prototipo de invencibles campeones; y se crece, se pavonea cuando piensa entonces que su sangre, la que circula por sus venas y hace latir su corazón, tiene un venero tan ilustre, puesto que es el último y directo descendiente de Mudarra.

Mas no sólo en estos timbres y blasones, platónicos romanticismos en que reverdece todo un pasado glorioso, cifra don Gonzalo sus ilusiones más queridas. A la vez alimenta otras más positivas esperanzas de un dorado porvenir de riquezas sin cuento, de un dineral fabuloso que Crespo envidiaría. Es sin embargo, una realidad muy próxima, Tiene ya entablados y casi sustanciados diversos litigios en reclamación de varias vinculaciones que pertenecen a su familia. La cuantía total de la demanda asciende a una suma increíble de millones. Y el fallo será sin duda pronto y favorable, pues su derecho es patente a todas luces e indiscutible. Y este futuro de oro alboroz a don Gonzalo aún mucho más que su pasado de gloria. El, célibe empedernido, recalcitrante hasta allí una vez en posesión de sus caudales,

conquistará fácilmente el corazón de una chica bonita, succulenta y mimosa, por cuya adquisición someterá gustoso su indómita cerviz a la matrimonial coyunda y endulzará sus años provechosos con el halagüeño panorama de una vejez deliciosa como una juventud, plena luna de miel en que le sorprenderá la muerte...

III

Don Gonzalo ha hecho en el balneario íntima amistad con doña Elvira, a quien refiere por menudo tan mágicas esperanzas y va enterando a diario de las noticias que recibe referentes a la marcha de sus negocios. Doña Elvira, que aún conserva virgen el apolillado romanticismo de cuando vistió el miriñaque en sus remotas juventudes, allá por el año 65, cree a pie juntillas en los cálculos y fantasías de don Gonzalo, y, admiradora de todo lo aristocrático y opulento, cultiva con viva solicitud la honrosa amistad del último Mudarra.

Doña Elvira es una respetable ruina, revocada con estuco de afeites y tocada con copetes de añadidos y peluquines. Viuda de un militar de graduación, disfruta una pensioncita decorosa, con cuya ayuda apenas puede ir sosteniendo sus apariencias de buen tono. Tiene una hija casadera, frívola y enamoradiza, a quien dedica todos sus afanes y desvelos. A que haga su niña un matrimonio de fortuna, tienden todas las aspiraciones de la solícita madre. Así es que para doña Elvira ha sido don Gonzalo un hallazgo feliz: era el marido ideal que había soñado para su Isabelita. Un hombre de peso y de representación, de señoril alcurnia, y, sobre todo, en víspera de ser multimillonario, es, en estos tiempos, una verdadera ganga, que no se pesca todos los días; y viéndolo así doña Elvira con su mirada perspicaz de madre, comprendió al punto que no era cosa de perder ocasión tan propicia y melenuda. Y con tan importante tema la buena señora dirigía cuetidianamente dulces y maternales exhortaciones a su florido pimpollo.

Por otra parte, para don Gonzalo, adorador sempiterno de toda belleza femenina, no habían pasado desapercibidos los encantos de la adorable criatura. En verdad que

Isabelita era un bocado apetitoso para el paladar más regalado; y el impenitente galanteador experimentó bien pronto, con más ahinco que nunca, con más congojas y estragos, las fierezas de un amor nuevo, fatal é inevitable.

La pasión abrasadora por Isabelita que en el agotado corazón de don Gonzalo surgió ahora, impetuosa y súbita, como prende la llama en el seco ramaje, no tardó en ser adivinada con pena por todos los contertulios de la terraza del balneario. Aquel gracejo y humor inagotables, que hacían las delicias y el regocijo de toda la colonia de bañistas, fueron desapareciendo rápidamente, y el ameno e incansable decidor se tornó en poco tiempo melancólico y taciturno.

Isabelita, dócil y obediente a los persistentes consejos de la mamá, pareció acceder a los requerimientos amorosos de don Gonzalo; y, según se susurraba, las relaciones y hasta los preparativos de boda estaban muy adelantados, llevándose con gran sigilo. En vano los más íntimos de don Gonzalo trataron por medio de indirectas y hábiles preguntas, arrancarle el secreto y penetrar en el misterio de sus amoríos. Don Gonzalo, enigmático y receloso, esquivaba siempre una respuesta categórica con evasivas y subterfugios y se encerraba en la más impenetrable reserva. No obstante, el amor y el dinero, como el vulgo dice, no pueden estar ocultos; y los comentarios y chanzas se prodigaron a granel, ridiculizando aquel despropósito amoroso.

IV

Andaban así las cosas, cuando de la noche a la mañana presentóse en el balneario un nuevo huésped. Era un joven elegante, de gallarda figura, modales puleros y trato simpático y distinguido. Se decía que era un conocido periodista y escritor de la corte. Pronto se hizo ambiente y trabó amistad con todo el mundo. Se le llamaba familiarmente Leopoldo, a secas. Su carácter entremetido y bullicioso, su práctica de la buena sociedad, vinieron a añadir una nota de animación y alegría a todos los festejos y saraos que organizaba la colonia de bañistas reemplazando y compensando el vacío que dejó la deserción de don Gonzalo. Los bai-

les, las veladas, los juegos de prenda, los conciertos y las excursiones a los alrededores se hicieron más frecuentes. En todos estos holgorios tomaba siempre parte Isabelita, aunque con el desagrado de su mamá, y sobre todo, del enamorado don Gonzalo, a quien los celos, guardianes del amor, torturaban con frecuencia, temeroso de perder el bien ya casi logrado.

Y en efecto, se confirmaron muy pronto los temores del celoso amante. Leopoldo alcanzó en seguida un gran ascendiente entre las damas. Sobre él disparaban sin descanso, con empeñada emulación, sus flechas amorosas todas las muchachas ganosas de novio. El periodista dió muestras bien ostensibles de preferencia por Isabelita. A ésta, a su vez y a pesar de su aparente indiferencia, habían cautivado más que a ninguna otra su trato seductor y su apostura. Un día, por fin, aprovechando un descuido de las gentes, pudieron hablarse a solas y revelarse su recíproca pasión. Cruzáronse juramentos, prometiéndose fidelidad y reserva por lo pronto. No obstante, la novedad no pudo permanecer mucho tiempo oculta al público, que perspicaz de ordinario y siempre atento a lo más saliente, lo adivinó también. El revuelo y la expectación fueron enormes. La curiosidad excitaba a todos, acuciándoles a indagar pormenores del asunto.

No fué de los últimos en conocer la estapenda nueva el derretido don Gonzalo de Molina. Al principio negóse a creerlo, confiando en las promesas e hipócrita inocencia de su palomita; pero cuando una prueba a todas luces convincente le hizo ver en su terrible desnudez el péfido engaño de que estaba siendo objeto, su indignación no tuvo límites. Nunca, en su larga vida de aventuras amorosas, había sufrido una decepción tan grande ni un golpe tan atroz. Quiso recriminar con acritud su infidelidad a la traidora ingrata; pero ésta rechazaba y desatendía con enfado sus inculpaciones querellas, negándolo todo y proponiendo, en cambio, una ruptura definitiva de relaciones. Don Gonzalo entonces, furioso de celos como otro Orlando por aquella nueva Angélica, juró tomar una ejemplar venganza lo antes posible.

V

No pudo precisarse a punto fijo; pero ello fué que una noche, en pleno salón, cuando la concurrencia era más numerosa y estaba en su mayor animación el baile, sin que nadie se apercibiera en el primer momento, surgieron unas voces destempladas, mediaron unos fieros insultos y unos duros reproches entre don Gonzalo y Leopoldo, y éste, en el acaloramiento de la disputa, dió a su contrincante una soberbia bofetada. A su alarmante chasquido se arremolinó la gente, gritaron las señoras y acudieron los caballeros, pudiendo de este modo evitarse por el pronto que las cosas pasaran a mayores, pues don Gonzalo, sofocadísimo, espumajante, iracundo, trataba de esgrimir un arma. El escándalo que se produjo fué monumental. Isabelita y doña Elvira se desmayaron. Los contendientes fueron retirados de allí por la mediación de varios amigos. La fiesta quedó suspendida, y las conversaciones no se ocuparon en otra cosa aquella noche y los días siguientes.

A la vez se designaron secretamente padrinos por ambos rivales, y por más que trataron de evitarlo con su intervención oportuna algunos hombres de respeto y el propio don Paco, el arrendatario, tras varias inútiles componendas quedó concertado el duelo. A don Gonzalo, como mayor ofendido le correspondió la elección de arma, prefiriendo la espada francesa. El duelo había de ser a primera sangre.

Don Gonzalo de Molina, como correspondía a una persona de su linaje, había aprendido la esgrima en su juventud y había sido un temible y hábil espadachín en sus buenos tiempos; pero después, con los años, en lucha con la pesadez de su obesidad, había ido perdiendo esa agilidad tan indispensable para dominar el campo y prevenir los ataques, que es sin disputa la mejor condición de un buen esgrimidor. No obstante, don Gonzalo confiaba en la firmeza de su puño, en la seguridad de sus golpes maestros, y, sobre todo, en el arrojo que le proporcionarían el coraje y el odio feroz que sentía contra su vil adversario. Y para dar soltura al brazo, algo torpe por la larga falta de ejercicio, quiso ensayarse a solas en su cuarto dando cintarazos contra los muebles. Y en-

tences, él que nunca olvidaba sus glorias ancestrales, la bravura de su predecesor Mudarra, al contemplarse en aquella actitud heroica, con el acero desnudo en la diestra viniéronle en mientes los famosos versos, refundidos luego por Guillén de Castro, que el *Romancero* pone en boca del Cid en una ocasión análoga:

«Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes,
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano,
Mas no te podrás correr
De volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado,
Y cuando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado,
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
De dar al conde Lozano
El castigo que merece
Tan infame lengua y mano...»

VI

Convenido el duelo en la forma que hemos dicho, a última hora de la tarde del siguiente día, burlando toda vigilancia y la curiosidad del público, partieron a una finca próxima al Balneario los duelistas, los padrinos y un médico.

Ellegido y dispuesto el terreno, con los preparativos, preámbulos y formalidades del ritual, comenzóse el asalto con igual empuje y empeño por ambos contendientes.

La lid se mantuvo al principio briosa é indecisa; pero muy luego se reconoció la ventaja del vigor y la agilidad de Leopoldo sobre don Gonzalo, que jadeante y sudoroso no atendía ya más que a la defensiva, cubriéndose y parando las estocadas lo mejor que podía; hasta que el periodista, tirándose rápidamente a fondo, le alcanzó el brazo izquierdo.

El infeliz don Gonzalo exhaló un grito de dolor y arrojó la espada. La sangre fluía abundante, corriéndole por el brazo abajo. El médico se apresuró a restañarla con un vendaje, después de reconocer minuciosamente la herida. Esta era de pronóstico reservado, pues la espada, atravesándole el

biceps, le interesó algunas pequeñas arterias.

Los padrinos propusieron en el acto la reconciliación de los rivales, a lo que se opuso con gran tenacidad el inexorable don Gonzalo. El último Mudarra, ¡ay, dolor! fué vencido por un simple juglar de péñola de estos funestos y vulgares tiempos de prosa, de egoísmo y de cobardía. ¡Oh caducidad de los siglos, en qué paran las glorias pasadas y cuán degeneran los ilustres linajes!...

El herido, después de la primera cura, fué convenientemente conducido en secreto a su hospedaje. Y aquella mismo noche desaparecieron del Balneario la candorosa Isabelita y Leopoldo, el feliz vencedor. Doña Elvira sufrió varios ataques nerviosos y tuvo que guardar cama varios días, enferma de cuidado.

Estos históricos sucesos que dejo reseñados, han sido la nota sensacional y la comidilla invariable de todas las conversaciones en el balneario a que he concurrido en la pasada temporada. Sírvales a mis lectores de cuento.

EPÍLOGO

Ayer tarde, después de terminadas estas caartillas, encontré en la calle al simpático don Paco, el arrendatario del balneario, que, según me dijo, ha venido a esta capital por unos días con el fin de ultimar un negocio. Después de saludarnos afectuosa y alborozadamente, le pregunté qué había sido del célebre é indescriptible don Gonzalo de Molina, nuestro último Mudarra. Don Paco me repuso que a las pocas semanas sanó por completo de la herida. Y seguidamente, con gran regocijo, me comunicó una noticia absurda, paradójica, emocionante, que transmito a los lectores por creer que les puede interesar.

Muy en breve contraerán matrimonio en la Corte, en un mismo día y ante un mismo altar, Leopoldo con Isabelita y don Gonzalo con doña Elvira...

Yo, por mi parte, prometo solemnemente asistir a la ceremonia, aunque no me inviten, y, requiriendo mi abandonada lira y mis antiguos pujos de poeta, componerles, en pulidos versos, un encomiástico y efusivo epitalamio.

JUSTO GARCÍA SORIANO.

POETAS EXTRANJEROS

LA GOLONDRINA

CANCIÓN

(DE GROSSI)

Golondrina peregrina,
que posada en mi ventana,
repites cada mañana
tu canción dulce y divina
¿qué dice tu voz sonora,
golondrina voladora?

Solitaria en el olvido,
de tu esposo abandonada,
¿lloras mi duelo sentido,
viudita desconsolada?
¡Llora, en tu charla divina,
peregrina golondrina!

Viviendo, cual tú, sin goces,
quiero ser tu confidente.
Cruza el lago y la pendiente,
llena el aire con tus voces.
Pasa el día, con divina
voz, cantando, golondrina.

¡Yo también! Mas no refrena
y alza tu vuelo seguro,
donde es la luz más serena,
donde es el aire más puro;

donde a nos tu voz divina
llegue apenas, golondrina.

Mas Septiembre pronto avanza
y a despedirte disparte;
siempre llena de bonanza
nuevo mar y nuevo monte
con tu voz dulce y divina
saludarás, golondrina.

Y yo todas las mañanas,
volviendo mi vista al llanto
sobre las nieves tempranas
creeré que escucho tu canto,
que con cadencia divina
me despertó, golondrina.

¡Si una cruz en Primavera
encuentras en este suelo,
golondrina plañentera,
sobre ella recoge el vuelo,
y diga tu voz divina:
«¡Descanse en paz!», golondrina.

R. M. CAPDEVILA.

El patriotismo del tío Olivares

A DON CÉSAR CASALÍNS

—Es usted, tío Olivares, de lo más cabezota que conozco, y si como es usted de tierra de Murcia fuese gallego o catalán, no sería este cura quien discutiese con usted aunque me emplumasen.

—¡Qué quiere usted, don Salvador! Yo digo lo que siento ¡qué porra! y, al que le escueza, que se aguante.

—Pero usted no tiene en cuenta que yo soy hombre que ha leído mucho y ha visto mundo, mientras que usted no ha hecho más que falfullar el Fleury y no ha visto el mundo más que por este pequeño agujero.

—¿Pequeño abujero le llama usted a este pueblo y a este campo y a esta Mar Menor? ¡A mos, don Salvador, que usted está fuera de sus casillas! San Javier, pa decirlo de una vez, es lo mejor del mundo por ande quiera que se le mire. Ya sé yo que no es tan grandote como París de Francia; pero aquí se muere menos gente; eso no me lo negará usted, porque esto es la sanidad misma. Y en cuanto a bonico... ¡amos, que no es pa tirarlo tampoco! Pues tocante al campo... no me diga usted que puede haber otro más llano, ni más despejado, ni más agradecido de por sí. Pues ande usted pa la Ribera y diga, sin pasión, dónde hay un prodigio como este de la Mar Menor de San Javier.

—Hombre, ¿de San Javier solamente?

—De San Javier, sí, señor; porque la Mar Menor es de San Javier. A San Pedro del Pinatar le roza una miaja, pero na más.

Nada, no había medio de que se entendiesen el tío Olivares y don Salvador.

Este don Salvador era un sacerdote de esta diócesis, culto y bonachón, que en los meses de estío se aliviaba o se precavía de los reumas bañándose en las salobres aguas del Mar Menor y se recreaba en estos diálogos pintorescos, en que solía poner unas miajas de zumba de buena ley, muy del gusto de los concurrentes al Casino del pueblo.

Y el tío Olivares era un anciano labrador muy avisado, aunque tozudo, cuyo enamoramiento por su pueblo natal era tan hondo que le producía frecuentes berrinches.

Cuando don Salvador cortaba el diálogo y pegaba la hebra otro contertulio de la colonia veraniega, el viejo labrador, libre de los miramientos que le imponían los hábitos de aquél, despetricaba deliciosamente en sus exaltaciones patrióticas.

—Mejor que San Javier ¡mentira! Mejores dulces que los que fabrica el confitero de aquí, eso ni en Madrid ni más allá; pues ¿y el pescao? ¿se come en parte alguna más sabroso y más fresco? ¿Y qué me dice usted de este regalo de mar que es talmente un lago para recrearse de esta orilla a la otra, tan serénico, que en las noches de luna parece un espejo? Aquí no verá usted gente endañá de males malos, y el que se muere, no se muere de dolencia, sino que se apaga, porque se le ha rematao el aceite.

Solía alguno objetarle, que esto ocurría también en San Pedro, distante una legua de San Javier, igualmente costeno, y también sano, risueño, luminoso y rico; pero él se emperraba en que todas estas cualidades eran peculiarísimas de su pueblo, el vecino las recibía reflejamente, por influencia, casi de favor.

Un día, a un buen mozo del caserío de Roldán, distante unas tres horas de San Javier, antojósele galantear a una hija del tío Olivares; y como a la chica le petó y parecióle buen partido, hubo de notificarle al padre esta novedad.

Entonces surgió en la mente del anciano el siguiente caso de conciencia, que se apresuró a someter al criterio inapelable del cura párroco:

—La chica, señor cura, está en buena disposición para casarse; eso no admite duda. El novio, según mis preguntaos, es un guapo muchacho; en eso tampoco hay duda. Pero yo tengo las mías: sí, señor, tengo mis dudas y cavilaciones; porque me digo yo: «Habiendo, como hay tantos mozos casaderos en el pueblo, ¿debo, sin repugnancia, consentir en este casorio de mi hija, que es tanto como preferir Roldán a San Javier?»

El cura, naturalmente, lo mandó a paseo con tus raros escrúpulos, y al poco tiempo la muchacha se casó y cambió sin pena las delicias de San Javier por las que en Roldán le brindara el flamante nido conyugal.

Una de las cosas que más escarabajeaban y sacaban de quicio al tío Olivares era el interés que los de San Pedro ponían en anunciar a bombo y platillo la feria y fiestas de su titular y patrono, que por coincidir con el comienzo de los calores, interpretaba él como desmedido afán de atraer veraneantes, con daño de San Javier.

—No diré yo que lo hagan a mal hacer, pero me parece a mí que es mucho ruido pa tan pocas nueces—decía malhumorado el tío Olivares.

Un año, el mismo día de San Juan, según en el inalterable costumbre, vino a Murcia a pagar el rento a don José, el amo de las tierras que llevaba. Cambiados los saludos de rúbrica, el propietario invitó cariñosamente al colono a sentarse y esperar un momento, a fin de terminar unas cuentas que tenía entre manos.

—Eso y lo que usted quiera, mi amo; yo no tengo mayor prisa y en este despachico se está muy fresco; porque hace una calor!...

—Pues acomódate en esa butaca—añadió don José—y mientras repasas un periódico, si quieres.

El labriego se embutió en la butaca, calóse las antiparras, cogió de la mesa del amo un número de «El Imparcial» y comenzó a pasar la vista por la plana de anuncios, que era, para él, la más legible por el tamaño de las letras.

A los pocos momentos, como si le hubiesen hecho cosquillas a cuatro manos, arrojó al suelo el periódico y rompió a reír estrepitosamente.

—¿Qué te pasa, hombre?—preguntóle el amo, asombrado de semejante exabrupto.—Anda, habla, que yo ya he terminado.

—¡Calle usted, don José, que esto es pa encarnarse de risa! Vea usted, vea usted qué parte le han mandao los de San Pedro a este papel.

Y le señaló con el índice, en la sección de reclamos, uno que con letras gordas decía así:

ROLDAN

35—CARRETAS—35

DULCES PARA SAN PEDRO

—Lo que yo leo aquí, tío Olivares—dijo el amo—es que el antiguo confitero madrileño, Roldán, anuncia sus dulces para el próximo día de San Pedro.

—Está usted apañado, don José!—replicó el anciano.—Lo que dice este papel y está más claro que el agua, es «que han pasado por Roldán 35 carretas de dulces para San Pedro.»

Don José soltó el trapo a la risa, y el tío Olivares soltó también, con sorna, el siguiente comentario:

—¡35 carretas! La metá de una quisieran ellos pa to el año. ¡Fantasiosos!

JOSE FRUTOS BAEZA.

LA COPLA POPULAR ESPAÑOLA (1)

Muchas dominaciones ha sufrido el pueblo español; pero ha quedado con un sello más profundo y con una más honda huella de la raza árabe.

Árabes fuimos y árabes seguimos siendo y en nuestra música popular, como en limpio espejo, se refleja esta influencia característica.

Por eso los cantos meridionales respiran orientalismo; por eso hay en las malagueñas remembranzas de harenes y de sultanas; en las saetas andaluzas ecos del Muezin; en las perzeneras nostalgia de atabales; en las granadinas sueños de una Alhambra.

Las cuarenta y nueve provincias españolas dan veinte y tantas clases de cantos populares y todos, menos gallegos y vascuences, están amasados con dejos orientales.

La gama es rica y abundantísima y a la paleta del compositor presta variedad exquisita.

Desde la encantadora alborada gallega y el sentido ala-lá y desde la dulcísima muñeira, monótona y llorosa como aquel cielo de llovizna, pasamos a las canciones tiernas y soñadoras de Asturias.

Escuchamos después el ritmo del zortzico, el más importante, desde el punto de vista artístico, de los cantos españoles.

Sorprende aquel baile que se sujeta sin es-

(1) Fragmento de la notable conferencia, que el pasado día 12 dió en el Círculo de Bellas Artes el eminente compositor murciano don Emilio Ramirez.

nerzos a este compás *sui generis*, hijo, no de una amalgama caprichosa, sino de un acento rítmico perfectamente definido y hondamente sentido por los naturales del país.

Los navarros, como los vascongados, tienen el don de la música y por eso son tantas las bellezas que sus cantos encierran.

El canto montañés con sus *picayos* y sus *marzas*, acompañados siempre del ritmo del pandero. ¡Cantos de la tierra, que parecen impregnados de aroma de tomillo!

Las canciones leonesas, virginales y arcaicas.

La charrada salmantina, con su amorosa y conmovedora melodía.

Las inspiraciones catalanas, con su sardana característica nacida en el Ampurdán é iniciada siempre por aquel contrapunto precursor...

Y llegamos a unas montañas en que el eco se complace repitiendo de risco en risco un canto vibrante y sonoro, con arrogancias de himno patriótico, con exaltaciones de fé inquebrantable: es la jota, la jota aragonesa, estallido del alma de un pueblo, grito de orgullo de una raza que ha sabido llenar gloriosamente una página de la Historia y demostración de un carácter rudo, firme y noble.

Donde late un pecho español y hay un guitarrero, salta la jota.

Es himno nacional y plegaria a la Virgen, y en todas sus variedades, desde la jota canfranera, la más ruidosa y bravia entre las aragonesas, de corazón de granito como aquellos enhiestos montes, hasta la de la playa de Torrero, la más dulce y relamida, siempre este canto es alegre, vivo, animado, picante de ritmo y rico de color.

Con alguna diferencia, en Navarra, Valencia y Logroño también se canta la jota.

Las danzas valencianas, alegres como el sol, de ritmos tan marcados que parecen indicar hasta los movimientos del baile, como sucede con la de «el ú y el dos», y las *albaes* de subyugadora melodía que poetizan la dulzaina y el *tabalet*.

Las seguidillas manchegas, de movimiento gracioso y animado, que traen añoranzas de aquellas llanuras que inmortalizó don Quijote.

Murcia con su canto de trilla y sus parrandas, de melodía lenta, de cadencia adormecedora, de ritmos tardos; como una siesta caliginosa del estío; como una oleada de sangre mora que

se caldea en el crisol esmeralda de su huerta...

Y por último el canto andaluz... no hay pluma para describirlo. Una profusión de adornos melódicos, una coexistencia de ritmos que se abrazan, una melancolía dulcísima unas veces, una alegría loca otras, una voluptuosa cadencia que iacita al baile, una tristeza que hace derramar lágrimas, pasiones que se desbordan, odios que matan... ¡no se puede dar una idea!

Y sus variedades infinitas: malagueñas, granadinas, peteneras, playeras, *soleares*, rondeñas, carceleras, tiranas, caleseras... ¿a qué seguir? El canto andaluz es digno de profundo estudio.

Pero no se crea que cada uno de los cantos mencionados se circunscribe, justa y exclusivamente, a las provincias o regiones en que han nacido.

Las melodías populares no respetan los límites geográficos; las ondas sonoras, como ondas hertcianas, salvan las distancias con tanta más facilidad cuanto es mayor y más pujante el sentimiento interno que las anima; así se mezclan los ecos de las regiones y viene la amalgama del canto popular, siendo preciso que un minucioso y detenido examen crítico separe elementos extraños, y aún muchas veces este examen es de una dificultad insuperable.

De aquí algunas confusiones, y no es la menor la que hay entre el canto andaluz y el cante flamenco.

El cante flamenco, que también se llama cante hondo, es un resultado del contacto en que vive la clase baja del pueblo andaluz con el misterioso y desconocido pueblo gitano.

Esas canciones, gitanas en su espíritu y en su construcción, pero andaluzas por su forma exterior, hacen las delicias de nuestro pueblo que con verdadero placer las paladea.

Pero son de baja cuna, de tosca rudeza; nacidas en la taberna y repetidas por las calles, demuestran una fantasía rica pero lúgubre y tétrica.

Afectivas en su mayoría, cambian de forma métrica según la música con que son cantadas y ésta pasa por una serie infinita de matices, desde el *jaleo* (tránsito de las alegrías andaluzas a las tristezas gitanas) hasta las *livianas*, en que ya la guitarra se abandona y solo acompaña el *cantaor* con sus propios lamentos y quejidos.

Están llenas de ternura, de mimo y de zala-

merías, pero siempre tristes, predisponiendo el ánimo a los sentimientos más sombríos.

Además son de un cromatismo violento, bronco, meridional, abigarrado.

En cambio, las melodías andaluzas, y más especialmente las sevillanas, descubren como rasgo principal el matiz tenue, la línea grácil, el rafagueo suave de la luz y las ligeras salpicaduras de color atrayente.

La copla popular sevillana es la más sutil de cuantas se cantan en Andalucía. Es algo que no termina, que no confía al aire su último secreto, que necesita una aclaración en vano esperada.

El alma sevillana está llena de discretas reservas y por eso el amor se manifiesta en la palidez de oliva que consume las mejillas de las novias y en el suspiro que tan sólo es oído de la noche.

¡Lástima que el pueblo prefiera las negruras gitanas a estas canciones hijas de una fantasía risueña y dulcemente melancólica!

¡Y lástima también que algunos compositores hagan igual!

Estamos de flamenquismo, colorismo y luminismo de caricatura francesa, verdaderamente hartos.

En uno y en otros significa esta preferencia una degradación moral.

Yo siento decir que ni mi acendrado murcianismo ni el entusiasmo con que siempre me pongo a escuchar, han sido suficientes para que produzca en mi emoción alguna lo que aquí se conoce por el nombre de *las correlativas*.

Nada más lejos de mi ánimo que escatimar en un ápice el mérito que encierran; nada más lejos de mis ideas que enfriar en lo más mínimo el entusiasmo de los aficionados que con verdadera devoción acuden anualmente a deleitarse en la monotonía de esos fragmentos musicales, encontrando en cada nota una belleza y en cada repetición de acorde un efecto sorprendente.

Yo he ido siempre dispuesto a gustar esas bellezas y no he podido sentir la emoción estética ni una sola vez.

En cambio para tratar de la *aurora murciana* para dar cuenta, siquiera sea someramente, de ese grandioso poema del amanecer, me faltan calificativos.

Cuando el eminente folk-lorista español don Felipe Pedrell estuvo en Murcia, quiso oír esta

composición, como él decía, *en su propia salsa*, y una madrugada de Octubre salió a la huerta en persecución de la cuadrilla de auroros. Junto al cementerio de Nonduermas pudo al fin escucharlos, mientras la vega se iluminaba recibiendo del cielo los primeros copos de luz mañanera. La impresión fué indescriptible. Cuando le pregunté después si le había agradado, me decía lleno de entusiasmo: «Esta música, antes que vuestros huertanos deben haberla cantado los ángeles».

Así parece: ¡hermoso edificio armónico que descansa sobre la base amplia de una pedal grave y que coronan unas notas largas como alboradas del muezín, bajo las cuales se desliza una melodía en terceras, verdadera plegaria llena de unción y de fe!

Esa melodía es marcadamente oriental. Con ella ha ocurrido algo de lo que con las mezquitas bizantinas convertidas más tarde en Catedrales.

Construidas con todo el arte refinado de aquellas musulmanas generaciones, sirvieron para ensalzar la religión de Mahoma hasta que el genio del cristianismo arrojó a los ídolos y colocó en el mismo pedestal el emblema de El Crucificado.

Lo mismo en estas melodías. Sobre aquellas notas con que los moros saludaban el nacimiento del sol y el ezán, mirando a la Meca, salmodiaba: «Testifico que Mahoma es el profeta de Dios», hoy nuestros auroros, poniendo la mirada en el cielo y el corazón en su Virgen del Rosario, cantan:

«Salve, Reina de los Angeles,
Madre de Misericordia,
¡Salve! ¡Salve!

¿Verdad que parece increíble, después de ver el valor inmenso de ese huerto lozano de la fantasía popular, que muchos compositores españoles se dediquen a imitar con fruición, y dándose las de avanzados, las ideas decadentistas de los franceses y la técnica amazotada y caótica de los alemanes?

¡En cambio los músicos extranjeros imitan nuestros aires populares y se inspiran en sus giros y ritmos, tan ricos y pintorescos!

Volvamos los ojos al pueblo, que en él hay una fuente inagotable de arte sincero.

Las grandes escuelas nacionalistas de músi-

ea que han florecido en nuestros días, son las que se han basado en el trabajo temático del canto popular.

Afortunadamente en España hay buenos modelos que imitar: Barbieri fijó en el pentagrama el alma de Goya con la misma fuerza que si cuadros y tapices del inmortal artista se hubieran podido transformar en notas y acordes; Caballero moldeó en sus jotas el carácter noble de la raza aragonesa; Chapí con su labor artística pulió y afligraó los temas del pueblo andaluz.

La guitarra española lleva hoy lazos de luto por unos músicos que se llamaron Albéniz y Granados.

En cambio vibran sus cuerdas de alegría cuando los que se llaman Turina, Vilar, Guri-di y Pérez Casas extraen el aroma de los cantos del pueblo y los agigantan con la magia de su arte y con el sello de su personalidad.

No luchéis más para encontrar el cimiento del verdadero arte lírico nacional: buscad el alma del pueblo que allí se consagra, se afirma y se consolida.

Todo es una palabra: ¡Patria!

Bretón de los Herreros tuvo una idea que luego fué copla popular. Yo la repito para que también del pueblo sean esta noche hasta mis últimas palabras:

«Denme el bolero brioso
y la jota de Aragón...
Esto será de mal tono
y vulgar y ¿qué se yo...?
pero es fruto de mi tierra
y yo soy muy español».

EMILIO RAMIREZ

Nuevo Administrador

A partir de esta fecha se ha encargado de la administración de OROSPEDA don Vicente Ferrer Sorá, con quien por lo tanto se deben tratar todos los asuntos administrativos referentes a esta Revista.

La Administración se ha establecido en la calle de Polo de Medina núm. 2, a donde se dirigirá la correspondencia.

Mientras suena un vals

EL ASNO LÍRICO

(*Filosofías sin transcendencia.*)

En la calle en que habitamos, ante nuestra casa, se ha detenido el carro de un organillo callejero. Al instante un surtidor de notas alegres, cristalinas, juguetonas, se ha escapado del cajón armónico. Era como un chisporroteo de sonidos que surgían y evolucionaban sueltos, entrelazados, sinuosos, zigzagueantes, formando mil dibujos, altibajos y combinaciones caprichosas.

Nuestras vecinas han abierto las puertas de sus balcones,—estos balcones casi siempre cerrados, misteriosos, conventuales—y se han puesto de bruces en las barandillas, taconeando al compás de la jovial musicata. Se ha formado un corro de muchachos en torno del organillo. Algunas chiquillas andrajosas, en parejas, ensayan un baile zancajeando torpemente.

Termina el vals; y el organillero—un bigardón achulado de gorrilla flamenca, que ejecuta con grave prosopopeya su mecánica de dar vueltas al manubrio—cambia el registro y de súbito borbotan nuevamente, vibrantes y zaragateros, los acordes de otra piececilla en boga.

La vulgaridad del espectáculo comienza a hastiarnos a los pocos momentos. Pero nuestros ojos se han posado en el borrico que arrastra el carro del organillo. Es un rozno manso y resignado, de pelambre rucia, áspera é intonsa. A primera vista, todo su continente tiene expresión de impasible estoicismo. Nosotros lo vamos observando atentamente. Alarga el cuello y baja la cabeza con aire meditabundo. Entre el cerco de las pestañas canas, sus grandes ojos castaños, de vítreo esmalte, miran sin fijeza como abstraído por interna visión. Sus orejas, largas como todas las orejas asnales, se vuelven hacia atrás invariablemente, mientras suena la música de su organillo. Se diría que la escucha con delectación íntima, con deliquie inefable.

—¿Cómo se llamará este asno?—pensamos.
—¿Se llamará *Zancas*? ¿Se llamará *Juanete*?
¿Se llamará *Platero*? ¡Qué más da! El nombre no hace a la cosa. Desde luego es, sin duda, un asno muy alegre y jovial. Sí, completamente jovial, aun a despecho de esa supuesta seriedad que de un modo calumnioso ó ligero han querido algunos atribuir a la especie borriquil. El burro es un solípedo absolutamente regocijado. No en balde en estas tierras de Murcia dicen *asno* y *asnico* al que es bromista...

(En esto la burra de un basurero pasa cerca del organillo. Nuestro asno vuelve de su arrobo lírico, dirige hacia adelante las tías orejas, alza el testuz, le centellean los ojos, entreabre los belfos y muestra cómicamente su enorme dentadura. De pronto deja escapar de sus pulmones, en magnífica voz de barítono, con sostenidos y bemoles, un rebuzno recio y estentóreo, que atruena la calle.)

—Pero, sobre todo,—seguimos pensando—este buen jumento es, seguramente, un burro músico y poeta. Él debe de tener de la vida un concepto amable y esencialmente actualista, y adorará todo lo frívolo y ameno. ¿Quién sería capaz de sondear las profundidades y recovecos de su estetismo y la alambicada poesía que libará en las nonadas más prosaicas? ¡Ah! Si él pudiera hablar como la burra de Balaam y el asno de Apuleyo, ¡qué cosas tan peregrinas nos narrara! ¡qué versos tan exquisitos o qué artículos tan delicados nos escribiera?

—Además,—proseguimos meditando—este melifluo pollino estará dotado de esa intuición ingénita en los espíritus selectos y en los grandes artistas. Por lo tanto, no tendrá necesidad de discurrir silogísticamente. La dialéctica es un arte supérfluo y despreciable, que han inventado, para poder pensar con algún acierto, los hombres mediocres, de mentalidad rudimentaria. Sólo los cojos y los tullidos necesitan de las muletas. Un asno lírico como éste, secretará sus ideas, juicios y concepciones libremente, como se expande el aire en el espacio, y no como circula el agua abyeta, que ha de someterse a la ley opresora del nivel y seguir su curso por los rutinarios cauces.

Sin embargo, en este punto ha cesado de sonar el organillo y ha dado el organillero un fiero golpe con su vara a nuestro lírico jumento. Este ha agitado sus orejas y ha corrido a lo largo de la calle tirando del vehículo musical. Con tristeza le hemos visto partir, y al poco rato han llegado de nuevo a nuestro oído, apagadas por la sordina de la distancia, las notas chillonas del organillo, que repetía su repertorio en la estrechez de una próxima calleja...

JUAN ORIOL.

EL REY PASTOR

A mi bellísima amiga la señorita

IRENE CALDERÓN

«Zagala de mis amores,
pon a tus pesres freno,
que tu pesar me atormenta
y en tus pesares encuentro
pesar que a mi pesar hace
bien a mi pesar inmenso.
No llores, zagala mía,
porque te forjes un sueño
el amor que a tí me arrastra,
cual pluma que mueve el viento
que aunque mi estirpe sea regia,
ante tu belleza quiero
rendir estirpe y linaje,
corona, poder y cetro.
Rey soy; zagala eres tú...
mi poder diz que es inmenso
mas necesito probarlo
y por probarlo pretendo
hacerte, zagala, reina
y ser yo, rey, placentero
pastor que cuide amoroso
tus inocentes corderos».
Así el monarca rezaba,
de amor traspasado el pecho,
bajo las doradas crenchas
de su amada, prisionero.
Y así la humilde zagala

al rey contestóle presto,
 peniendo en su hablar harmónico
 los más sentidos jamentos:
 «No, mi señor, es locura
 creer en vuestro ofrecimiento,
 que de niña me enseñaron
 pastores que ya son viejos,
 á no fiarme de promesas
 de poderosos mancebos,
 porque confunden taimades
 el amor con el deseo,
 y en mi torpeza yo alcanzo
 á comprender el enredo
 que ocasionar suele siempre
 tal cambio de sentimientos.
 Así, no esforzaros más
 en vuestro amor que no creo,
 porque una voz interior
 á gritos me está diciendo
 que, pues me llamáis paloma,
 sois gavilán en acecho».

Revolviendo en los archivos
 y entre libros polvorientos,
 dí con el romancé a queste,
 cuyo final, y no es cuento,
 fué que zagala y monarca
 en lazo de amor se unieron.
 que el amor como la muerte,
 desprecia estirpes y cetros,
 y tiende á igualar á todos,
 con sus poderes supremos.

Luis PELEGRÍN

Cartagena

La conferencia de D. Pedro Font en el Círculo Católico me sugirió una idea

¡Escribid, autores noveles, escribid!—dice
 la culta revista OROSPEDA.—No tengáis
 miedo. Sabemos que no podemos pedir os jo-
 yas literarias.

La fruta verde es mala, es poco sabrosa,
 mejor, no tiene nada de sabrosa. Por el con-
 trario, la fruta sazónada, madura, comible,
 es buena, tiene sabor halagador y gusta.

Lo mismo, exactamente igual que con la
 fruta, acontece con los escritores: si el escri-
 tor es novel,—aunque su literatura deje en-
 trever futura gloria,—malos y amargos han
 de ser sus escritos; si el escritor es de ei-
 mentada fama, han de saber a bondadosos y
 amables, como el fruto ya maduro, sus es-
 critos.

La fruta sin sazónar la comemos haciendo
 aspavientos y visajes, que nos dicen y de-
 muestran lo insípido y acerbo de su sabor.
 De igual manera, se leen los artículos de los
 noveles, haciendo remarcar notablemente los
 muchos defectos de que adolecen.

Lector: tráguese usted la mala píldora que
 le ofrezco; amarga le sabrá, pero considere
 que no la escribe Cervantes, ni Calderón, ni
 Zorrilla, ni siquiera un Répide... Soy yo, Cá-
 novas. ¿No me conoce usted?... Es extraño...
 ¡Con lo conocido que yo soy!

Gracias, muchas gracias, bondadosa y edu-
 cadora OROSPEDA. ¿Te enfadarás porque
 escriba en tus columnas, que honraron ilus-
 tres y eruditas plumas? Mucho me lo temo;
 pero déjame que le diga una cosa nada más
 al sabio catedrático de Lógica, tu insigne
 redactor, don Pedro Font, y enseguida,
 me echas sin piedad. Lo harás así, ¿verdad?

La inquietante duda que asaltó al perio-
 dista que informó a los lectores de su periódico
 modesto, «Diario Popular», de la muy
 bella conferencia que pronunció V., distin-
 guido señor, en el Círculo Católico de Obre-
 ros, me asalta a mí igualmente. Mi misión, en
 la actualidad, es escribir para el obrero; y es-
 cribir de todo aquello que a él pueda repor-
 tarle algún beneficio.

Indudablemente, usted no habrá leído el
 número de «Diario Popular» que hablaba,
 por cierto muy correcta y amablemente, de
 su conferencia; pues tengo por seguro, que
 si usted hubiese leído lo que, recortado de
 ese periódico, expongo a continuación, algo
 habría usted dicho o escrito sobre tan inte-
 resante como importante punto:

«...pero no debemos concluir sin expresar, con motivo de una observación gravemente trascendental a nuestro juicio, deslizada en el magnífico discurso, (que así nos pareció, más que propiamente conferencia), nuestra opinión de que éste dejó pendiente el deber inexcusable, del distinguido conferenciante, de explicarnos, en otra oración o en más, si es necesario, como hemos, de diferenciar o distinguir prácticamente, aun los menos ilustrados, que somos los más y los más interesados en ello, a los protectores y aconsejadores que con la bandera del catolicismo entre sus manos y el alma llena de buenos fines y nobles soluciones, se nos acerquen y nos hablen; de aquellos otros aludidos por el señor Font, que, con fines muy otros y hasta reprobables y odiosos, nos invitan a jurar la misma bandera».

Esto es lo que en la reseña de «Diario popular» dice que ha observado como de «gravemente trascendental» el culto articulista (según he sabido después) que no quiso poner su nombre al final de esa información. Si dijera su nombre, no me negaríais, lectores, que es persona de gran cultura y de relieve e importancia en nuestra buena sociedad.

Pues bien; esa duda que hay que aclarar prestamente por el interés que para el obrero tiene, es la duda que también mantengo yo. Una duda que el sabio maestro, señor Font, se apresurará a desvanecer en bien, al menos, de la clase trabajadora, que él ha dicho amar tanto; lo que yo estimo de indudable veracidad.

Ahora, el ilustre filósofo puede decir: ¿y por qué no dijo antes lo que dice ahora?

Y la insignificante personilla del que esto escribe, responderá:

Porque yo, que no puedo escribir en otro periódico que en el «Diario Popular» y algún que otro artículo en «La Acción», de Madrid, no me he atrevido a mendigar un puesto en las columnas de ningún periódico; y sólo ahora que OROSPEDA, benévolamente, brinda sus páginas a los noveles, me atrevo a escribir en esta culta revista que usted lee, para hacerle sabedor de las desazones de mi alma, y no solo las mías, sino

las de gente proletaria que a mí me reclama consejo.

JOSÉ CANOVAS Y ALBARRACÍN

En el próximo número de OROSPEDA responderá el señor Font cumplidamente a la demanda de nuestro espontáneo colaborador.

Bibliografía

«VOLVORETA», NOVELA POR WENCESLAO FERNANDEZ-FLÓREZ.—Cubierta en color de Castela.—Madrid, Fuego, 1917.

Nuestro querido amigo el admirable periodista y escritor Wenceslao Fernández-Flórez ha tenido la amabilidad de enviarnos un ejemplar, dedicado, de esta última obra suya, que acaba de aparecer. La hemos leído ávidamente, con gran fruición. Quisiéramos tener una gran autoridad para hablar de este libro magistral, como lo requiere su mérito. Faltos de ella, trataremos de reproducir sencilla y sinceramente, lo mejor que sepamos, la impresión que nos ha producido su deliciosa lectura.

El argumento es simplicísimo, casi trivial, como suele ser la generalidad de los sucesos de la vida. No tiene trama complicada, ni tesis, ni filosofías abstrusas y fatigosas. Redúcese a una vulgar aventurilla de un muchacho algo sentimental y romántico, que abre ingenuamente su alma a las pasiones juveniles.

Sergio Abelenda ve deslizarse su infancia y los primeros años de su mocedad en la dulce monotonía del vivir campesino. Habita, en compañía de su madre—viuda de un abogado—y de una hermana solterona, en un modesto chalet perdido en la campiña gallega, «en medio de la gándara verde y riente». La pubertad de Sergio se despierta, pujante y sensual, ante los rústicos encantos de su criada Federica, apodada poéticamente *Volvoreta* (mariposa).

Volvoreta es el tipo frecuente de la domés-

tica fácil al placer y al amor, aunque en realidad incapaz de sentirlos. Para ella no tienen la menor importancia el pudor y la honestidad femeniles, de los que abdica a una leve insinuación ofrendándolos con la naturalidad más llana y asombrosa. En cambio, la pasión lúbrica de Sergio se va idealizando poco a poco hasta convertirse en amor espiritual, casi platónico. Por fin la madre sorprende sus furtivas expansiones, y la criada es despedida. Entonces el mozo huye de su casa y se reúne con la amante, que sirve en la ciudad próxima. La aventura llega a su auge en este punto. Sergio tiene que trabajar en la Redacción de un periódico provinciano para poder vivir cerca de *Volvoreta*. Ésta corresponde débilmente, de un modo equívoco, a las pruebas amorosas del doncel, que, con el mayor desencanto, termina por descubrir la infidelidad de la que cándidamente había hecho su Dulcinea. El cruel desengaño le cura de su pasión insensata, y arrepentido torna a su hogar el hijo pródigo.

Tal es, en descarnada armazón, el argumento. Pero entretejidos con esta que pudiéramos llamar la acción principal de la novela, hay escenas y episodios secundarios de gran realce y de un maravilloso verismo. Todos los tipos que van desfilando por sus bellas páginas, llenas de emoción, están trazados con tan vivos colores y tal vigor realista, que nos parece haberlos conocido y tratado familiarmente. Así doña Rosa, la madre severa de nuestra burguesía provinciana; Isabel, la señorita supersticiosa, atormentada de quiméricos presentimientos; Rodeiro, Rafaela, Chinto, Poupariña, el cadetillo, el cura rural, Rosales, el anarquista *ful*, etc.

Pero, sobre todo, la figura de doña María de Solís, la pobre madre que lucha fieramente con la Muerte que le va arrebatando, uno a uno, todos sus hijos tuberculosos, tiene una intensidad trágica tan grande que hace sentir al lector el escalofrío de aquella fatalidad inexorable.

La pintura psicológica del amor precoz, infantil, de Sergio por doña Celsa sólo es posible a un exquisito observador como Fernández-Flórez.

Como cuadros de costumbres son admirables por su colorido realista las descripciones del exorcismo de la saludadora y de la Redacción de *El Avance*.

Las dos cualidades más sobresalientes y características del autor de «*Volvoreta*», que en esta novela rayan a una altura insuperable, son su delicado humorismo y sus dotes excepcionales de paisajista.

A través de su obra, la ironía de Fernández-Flórez fluye espontánea, exquisita, aristocrática y culta. Este es el verdadero aticismo, patrimonio exclusivo de los grandes ingenios. Las plumas groseras de algunos escritores suelen confundirla con la chocarrería burda y chabacana, con las bufonadas plebeyas, con la *guasa* insolente y soez. Las cavilaciones de Sergio y las chanzas de Chinto por la sospechosa enfermedad de doña Celsa, el relato de la caza que hace Rodeiro y la escena entre Acevedo y Sergio al sorprender éste la infidelidad de Federica, son modelos de aquella fina y ática ironía.

Está sentido hondamente el paisaje de Galicia, que da ambiente a la novela. Un suave aroma bucólico se exhala de la descripción de esos campos galicianos, fecundados tan a menudo por las tenaces lluvias del N. O. Los bosques rumorosos, combatidos por el viento y los chubascos, parecen aprisionar una misteriosa poesía druídica.

«Cogí, para hacer la novela,—nos dice el autor—el espejo aquel que nos ofrece Enrique Beyle, que amó la Sencillez tanto como yo la amo, y lo paseé, como él quería, a lo largo de un trozo de camino. Nunca copió mi espejo más que la misma vida, y al rebuscar en ella no encontré el sistemático triunfo de una idea, ni el de la acción moral, ni el de la acción impura.» «En las novelas que va tejiendo esa Vida, muy pocas veces se preocupa de escribir moraleja»... «La vida es así, y en la vida, sin embargo, todo puede ser una novela»... «Lo que mi espejo copió aquí está: una brizna de dolor, una brizna de ironía; una sonrisa y algunos de esos episodios que todos pueden vivir.»

Este es el concepto modernísimo de la Literatura. El Arte por el Arte, el reflejo fiel de «un trozo de camino de la Vida», como quiso Stendhal, sin tesis ni moralejas,

sin finalidad docente. Está bien. Pero, así como en la vida todo puede ser una novela, ¿no se desprende de todo, independientemente de nuestro propósito, una experiencia y una lección de mundo? Después de su aventura, ¿no pudo aprender algo Sergio, por lo menos a escarmentar y desconfiar en lo sucesivo de la fidelidad y de los amores fregoniles?

En efecto. Fernández-Flórez no necesita para ser un gran escritor, ser moralista ni

dogmático. Le basta con sentir la belleza, con ser artista y observador y reflejar la Vida fielmente en sus libros. Así es como «ha hecho una labor sencilla y clara», una encantadora novela de limpio y primoroso estilo. Ella sería suficiente para darle nombre, si no lo hubiera ya conquistado anteriormente. «Volvoreta» le servirá para consolidar y ratificar su reputación bien cimentada.

J. G. S.

LIBROS NUEVOS

NOVELA

CARRERE, Emilio:—*La Voz de la conseja*. Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos. Recopilación hecha por... Firmas del tomo primero: Galdós, Benavente, Condesa de Pardo Bazán, Unamuno, Palacio Valdés, Rubén Darío, Baroja, Dicenta, Ricardo León, Nogales, Répide, Arturo Reyes y Pedro Mata.—V. H. Sanz Calleja, Madrid.—1'50 pesetas vol.

HERNANDEZ CATA, Alfonso:—*Novela erótica*.—Biblioteca Sopena, Barcelona.—1 peseta.

LÓPEZ DE HARO, Rafael:—*Entre todas las mujeres*.—Novela.—Biblioteca Sopena.—Barcelona.—1'75 pesetas.

MOTA, Fernando:—*El misterio de los ojos estáticos* (novela de hipnotismo).—Madrid Fernando Fé, 1917.—3 pesetas.

OCANTOS, Carlos María:—*Quilito*.—Biblioteca Sopena.—Barcelona.—1'25 pesetas.

SUBIRA, José:—*Su virginal pureza*.—Novela.—Madrid, Imprenta Helénica.—3 pesetas.

POESIA

ALVAREZ CERÓN, Marceliano:—*Alucinaciones*. Poemas espirituales.—Carta-prólogo de Salvador Rueda.—Madrid.—Fernando Fé, 1917.—1'50 pesetas.

ANTÓN DEL OLMET, Casilda de:—*Cansionero de mi tierra*. Prólogo del Excelentísimo señor don Pedro Novo y Colsón, de las

Reales Academias Española y de la Historia.—Con retrato de la autora.—Madrid, Juan Pueyo, 1917.

SOLANO y PALOMO, Ramón de:—*Romancero de Cervantes*, compuesto por... y honrado con el primer premio en el concurso nacional organizado por el Comité ejecutivo del tercer centenario de la muerte de Cervantes.—Segunda edición.—Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1917.—3 ptas.

TEATRO

ALVAREZ QUINTERO, Serafin y Joaquín:—*La historia de Sevilla*. Romance con música de Francisco Bravo. Estrenado en el Teatro Lara el 7 de Febrero de 1917.—Madrid. Imp. Clásica Española, 1917.—1 pta.

BENAVENTE, Jacinto:—*Mis mejores escenas*.—Biblioteca Antologías.—Editorial Hesperia, Madrid.—Cubierta en color, 2 ptas.

VILLAESPEÑA, Francisco:—*Judith*. Tragedia bíblica en tres actos y en verso.—Madrid, Colección Sanz Calleja.—1'50 ptas.

VARIOS

BURGOS, Carmen de, (Colombine):—*Confesiones de artistas*.—Dos tomos.—Colección Sanz Calleja. Madrid.—1'50 ptas. vol.

CIRO BAYO.—*Venus catedrática* (Tratado de galantería).—Biografía y cartas de Ninón de Lenclós.—Madrid, Pueyo.—3'50 ptas.

SALAVERRÍA, José María:—*Espíritu ambulante*.—Biblioteca Nueva, Pueyo, Madrid.—3 pesetas.

VARGAS VILA:—*De los viñedos de la eternidad*. (Obra inédita.—Biblioteca Sopena.—Barcelona.—2'25 pesetas.